

EL CASTELLANO

SEMENARIO CATÓLICO

Redacción y Administración.

Calle de Núñez de Arce, núm. 7

Anuncios económicos.

Se publica los jueves.

PAGO ADELANTADO.

Suscripción.

Un año.....	3,00 pesetas.
Número suelto.....	0,10 "
Idem atrasado.....	0,10 "

Advertencia.

La Redacción y Administración de este periódico se ha trasladado á la calle de Núñez de Arce, núm. 7.

¡POBRES LABRADORES!

Un ex Ministro conservador, en uno de sus últimos discursos, ha dicho, entre otras cosas, que desde los lejanos tiempos de los Felipes, el labrador espera de la Providencia lo que debiera esperar de su previsión y de la inteligente ayuda que pudieran alegarle los poderes públicos; que nadie sustentaba una visión progresiva, pues en épocas de sequías se pide al cielo con oraciones lo que debiera obtenerse de los pantanos y de las balsas de aguas construidos con oportunidad.

Cuanto podríamos hablar de esta material. No hay clase alguna más sufrida y que más vejaciones agante de los poderes públicos que la labradora, y si los agricultores fuesen á la *prochosa tutela* de aquellos sus cosechas, medrados estarían.

Todo el apoyo, toda la inteligente ayuda que los Gobiernos prestan á los labradores españoles, es ver la manera de esprimirles, es estudiar la forma en que pueden obtener mayores ingresos, para las Arcas del Tesoro; ingresos que se invierten luego en todo menos en proteger á la agricultura.

Y este es un hecho incontrovertible, de los que no dejan lugar á duda, de los que se están viendo continuamente.

Oid á cualquier labrador hablar de sus asuntos y veréis lo que os dice.—No sacamos para el pago de las contribuciones.

Hay que ver la sobriedad, la miseria en que vive esa sufrida clase todo el año; hay que ver las mil privaciones, los afanes, los sudores que pasan los infelices, para llegar al fin á recoger el fruto de un año de trabajo, y cuando tienen la cosecha recogida, cuando podrían descansar de tantas fatigas, con la tranquilidad que da el cumplimiento de aquel precepto divino «Ganará el pan con el sudor de tu rostro», cuando una vez hecha la recolección empiezan á echar cuentas de lo que importa el capítulo de contribuciones é impuestos que hay que satisfacer, se encuentran que de todo aquello que creían suyo, de todos los sudores y afanes del año, los *protectores* poderes públicos, se llevan la mayor parte, quedando una exigua cantidad para su sostenimiento, el de su familia y ganados y para la reposición de los instrumentos de labranza.

¿Qué adelantan esos hombres con tener iniciativas, con idear proyectos en su cabeza, si no los pueden llevar á la práctica por falta de recursos?

Si los poderes públicos protegieran como debían á los agricultores, no faltarían iniciativas, no faltarían mejoras, progresos y adelantos llevados á la práctica, pues que los labradores tendrían sobradamente fondos para implantarlos, si pagaran por contribuciones lo que en conciencia y en justicia les corresponde.

Entonces se vería floreciente el cultivo de campos, hoy estériles por falta de riegos, porque la construcción de canales y pantanos, la tan cacareada política hidráulica, se habría llevado á efecto, no por los poderes públicos, sino por las iniciativas particulares que dispondrían de fondos suficientes para llevarlas á la práctica. He ahí la bienhechora é inteligente ayuda de los Poderes; he ahí la causa del atraso de la agricultura en España.

La oración que reclama el culto de Dios, no excluye la necesaria diligencia en el trabajo que Él impuso al género humano en el citado precepto «Ganará el pan con el sudor de tu rostro».

Donosa manera de discurrir es esa de atribuir á las ideas religiosas de los pobres labradores

la falta de canales y pantanos de riego, como si donde hay esos pantanos y canales no hubiera labradores cristianos que rezan y esperan en Dios.

Y buena prueba de que no es esa la causa de lo atrasado de nuestra agricultura, la tenemos en aquellas grandes y hermosas granjas agrícolas que, bajo la dirección de las Comunidades Religiosas, alcanzaron el mayor esplendor en la Edad Media y aun en la moderna, y hoy la tenemos en las hermosas huertas y campos que cultivan esas mismas Comunidades, como las de las Cartujas de Burgos y Tarragona.

La causa, el verdadero fundamento de este lamentable atraso, está en nuestra desastrosa política, que todo lo invade, y en sus *hábitos* representantes, que esperan á desarraigar del corazón de los labradores los sentimientos religiosos y la fe para construirles los canales y pantanos de riego como si fueran ideas antagónicas la religión y el progreso.



De todo un poco.

La moral contemporánea—ha dicho Manuel Bueno con motivo del estreno de *Rosas de otoño*—la moral de mañana no va por el camino de Kaut y de Dumas, sino por aquel otro camino menos angosto y más florido que le señaló Espinosa y que hoy le imponen Max Stirner y Federico Nietzsche. Y, sobre todo, nuestra moral va casi siempre á la par de nuestro temperamento. No hay derecho á practicar otra sin que la Naturaleza se sienta violada, desafiada y ofendida.

¿Qué les parece el parrafito á mis amabilísimos lectores? Porque yo, que admiro á Bueno como literato, siento una verdadera confusión cuando leo tamaños absurdos; cuando juzgo que un hombre de talento es capaz de concebir tan disparatadas ideas.

En *Rosas de otoño* se desarrolla una tesis que hace tiempo está demostrada: la de que entre la pasión y el deber es preciso optar por el deber, sin distinguirlas ni vacilaciones.

Isabel y Gonzalo se han casado. Ella es una mujer religiosa, honesta y recatada. El es un ser mujeriego por carácter, amigo de aventuras y conquistas amorosas. Isabel lo sabe: sufre y se resigna. Víctima de la infidelidad de su esposo, apura en silencio sus amarguras y devora sus penas.

Tal es la comedia. Manuel Bueno considera que la conducta de Isabel no tiene nada de particular ni de meritorio, porque para eso tuvo «la suerte de que la Naturaleza le dotase de un temperamento sentimental, fiel y poco dispuesto á las confidencias de la carne.» Respeto de Gonzalo, opina que su sensualidad le hace irresponsable. No cabe discurrir con menos acierto.

Todos los seres humanos tienen desarrollado, en más ó en menos, el instinto sexual. La atracción hacia el sexo opuesto es ley general manifestada lo mismo en el hombre que en la mujer, aun antes de llegar á la completa madurez sexual. Mas, por encima de este instinto, está, ó debe estar, la moral religiosa, la razón, la voluntad y el decoro.

Ni siquiera puede argüir el crítico menoscado que el caso de Gonzalo es un caso patológico, y que su exagerada inclinación hacia las mujeres debe considerarse como una inclinación morbosa. Pues aunque así fuese, si Gonzalo, en vez de un vicioso vulgar, es un enfermo, un erotomaníaco, no por eso es menos censurable su indigno proceder, porque debiera ponerse en tratamiento y ver de curarse su psicosis. Y si no es un enfermo, aparecerá como persona ímoral, y merecerá ser motejado de mal caballero.... por lo menos con arreglo á las leyes de la moral antigua, que es la verdadera.

El ejemplo del dolor experimentado por Isabel, lo considero sublime; precisamente por eso, por ser dolor, y dolor sufrido con estoicismo y grandeza de espíritu. Si no hubiera choque y conflicto entre lo que el cuerpo pide y el alma aconseja, la acción de aquella no tendría tanto

realce. Mas sublime y todo, créame el Sr. Bueno, igual comportamiento siguen muchas mujeres que son de carne y hueso. Tienen corazón y saben amar; tienen fe religiosa y moralidad, y saben sufrir.

Sin perjuicio de hacer más adelante un juicio crítico de mayor extensión, voy á dedicar dos palabras al nuevo libro «Evolución super-orgánica (La Naturaleza y el problema social)», original de mi ilustrado colega el Dr. Lurria.

Afirma Lurria en su obra que ha de llegar un día en el cual desaparezcan de la tierra todas las injusticias sociales, las barreras divisorias establecidas entre el poderoso y el humilde, en que el *capital* no existirá. Conceptos utópicos en su mayoría y que ya hemos leído en varios autores. Pero dice también, y por ello merece aplausos, que «cada la organización social presente de la Humanidad, no ha podido ser de una manera distinta á la que es, sino que necesariamente tiene que mostrarse egoísta porque así lo requiere el concepto de la propiedad. Esta será absurda, pero no es un robo, y es legal, aunque no sea legítima.»

Si entrar en discusiones hay precisión de reconocer que la opinión sustentada por Lurria es algo más científica, más comedida y mejor presentada que esas otras sostenidas por escritores exaltados, cuya divisa se ajusta en un todo al principio de Proudhon.

A. Fig.

Doctor especialista norteamericano.

Dando la vuelta al mundo, en estudios de su profesión, y haciendo bien á la humanidad, ha llegado á esta capital de Toledo el muy acreditado Doctor especialista norteamericano Mr. V. J. John, y permanecerá más de un mes en el Hotel Imperial, cuesta del Alcázar, 7, en donde atenderá personalmente GRATIS á todos los enfermos que se le presenten todos los días de diez á doce de la mañana y de tres á seis de la tarde.

A la familia del enfermo, ó al enfermo, se le dice francamente si tiene ó no tiene cura la enfermedad.

Aconsejamos, pues, á todos los enfermos crónicos y desahucados, vayan á ver á tan famoso Doctor, célebre especialista norteamericano.

EL RESPETO AL TEMPLO

Si hubiéramos de juzgar del catolicismo de ciertas gentes por el respeto, modestia y compostura que guardan en las Iglesias, bien podríamos asegurar que su fe está á tan bajo nivel como el de la Nación en el concierto de los pueblos de Europa.

No se han penetrado, por lo visto, de que la Iglesia es la casa de Dios; que Jesucristo mismo, el Salvador del mundo, habita allí rodeado de innumerables jerarquías de espíritus celestes; que en la Iglesia se realizan las acciones más importantes de la vida; que allí el cristiano recibe en la Comunión de los Santos; que allí habla con Dios por medio de la oración y el sacrificio divino; que, si ha pecado, allí se reconcilia con el Salvador, y se nutre con el Pan de los Angeles, que le hace fuerte para las fatigas y luchas de la vida; que en la Iglesia se estrecha al nudo que se hace eternamente los corazones y funda la familia; que allí dejamos correr las lágrimas cuando Dios nos pone á prueba con desventuras; que en la Iglesia se elevan oraciones y suspiros al Omnipotente cuando la muerte nos ha arrebatado á algún ser querido; que allí reciben impulso los sentimientos más nobles, se toman las más heroicas resoluciones y tienen lugar los más grandes sacrificios del amor y de la devoción; que en la Iglesia, la palabra de Dios, se derrama, dulce y grave, para despertar á los pecadores que duermen el sueño del vicio, haciéndolos entrar en el camino del arrepentimiento y de la virtud; que, en fin, en la Iglesia es donde se levanta la escala que conduce al Cielo, y por la cual los Angeles suben y

bajan continuamente, llevando ante el trono del Altísimo las oraciones, los actos virtuosos y las acciones buenas de los hombres, y volviendo con las manos llenas de gracias y de bendiciones para repartirlas al género humano necesitado....

Si tuvieran presente todas estas cosas; si conocieran que verdaderamente la Iglesia es «lugar Santo», ¿cómo habían de permitirse las irreverencias, profanaciones y libertades que tan mal concepto hacen formar de su religiosidad y de su fe?

Jesucristo sólo se manifestó severo con los profanadores del Templo, de aquel Templo que no era más que figura de los de la Ley de gracia, llegando su indignación hasta azotarlos por su propia mano y echarlos de allí; y si esto hizo por «vender en el Templo lo que se compraba para ofrecer en el Templo», ¿qué habría hecho con los profanadores de su Casa, aun suponiendo que éstos no vendan ni compren en el lugar Santo cosas injustas, ilícitas ó menos conformes con la virtud y con la honestidad....?

Pero si de su Catolicismo y de su fe habláramos de formar tan mal concepto, juzgando por el poco respeto que les merece la Casa de Dios, ¿no podemos decir también que tocante á educación dejan bastante que desear?

El que se precia de estar bien educado, de rendir culto á la cortesía y buenos modales, ha de demostrarlo con todos, siempre y en todo lugar, y de una manera especial en la Iglesia, que para el cristiano ha de ser el lugar de más veneración y respeto.

Veamos cómo se conducen en la Casa de Dios.

Entran como si fueran á un pasatiempo cualquiera, y las más de las veces de prisa; si se persiguen, lo hacen de modo que las cruces parecen garabatos; su paso es acelerado y ruidoso, impropio de la gravedad y silencio de aquel lugar; saludan, se rien, hablan fuerte, y por desgracia no siempre empleando palabras de las que pueden escuchar todos los oídos; discurren y vagan solos, por parejas ó en grupos, como pudieran hacerlo en la calle, y tal vez con menos miramiento; si están parados, todo es hacer movimientos y contorsiones de cabeza y de tronco; las posturas que adoptan, si se sientan, no pueden ser más académicas; pasan por delante del Santísimo Sacramento sin dignarse siquiera dirigir una mirada; si, por no poder menos, tienen que arrodillarse, como pocas veces lo hacen con las dos rodillas, hay que ver los signos, las letras y las figuras ridículas y grotescas que resultan; si oyen Misa ó asisten á algún acto piadoso, son tales en disipación y falta de compostura, que no hacen sino distraer, quitar la devoción y escandalizar á los verdaderos cristianos.... ¿Qué más? ¿Hasta tienen el atrevimiento de convertir la Iglesia en lugar de tertulias, reuniones y *galanteos*...? Y todo esto, ¿es de personas bien educadas? ¿Se permitirían tamañas libertades, no decimos en la presencia y en el palacio de un grande de la tierra, sino en la presencia y casa de cualquier persona decente?

Porque hay que advertir que no es la gente del pueblo, la clase humilde y trabajadora, la única que falta tan abiertamente á las reglas de la urbanidad; faltan también—y esto es lo más sensible—personas que, por su instrucción, por la clase á que pertenecen, por el traje *uniforme* que visten, parece que debían ser exactos cumplidores de las reglas de buena crianza y de lo que se llama conveniencias sociales.

Con seguridad que estos mismos, *despreocupados* en la Casa de Dios, se guardarán muy bien de faltar á la cortesía y reglas de buena educación en cualquiera reunión profana, en un teatro, por ejemplo, y serán los primeros en protestar ó indignarse contra el más pequeño desmayo que se cometa.

De donde resulta que para estos tales, Dios no significa nada; la Iglesia es de peor condición que un teatro ó cualquier otro lugar en que se reuna público, puesto que se permitan en aquella lo que se guardan muy bien de hacer en los últimos; y los fieles que concurren á